

Síganme los buenos...

De Puan a Alaska (quinta parte)

* por AldanaTranier y Sergio Stiep

Ecuador nos permitió además vivir experiencias inolvidables junto a sus montañas como el volcán Quilotoa, con una laguna en su cráter llena de agua turquesa y verdosa; en sus cascadas en Baños de Agua Santa como el Pailón del Diablo, con un salto de agua de 100 metros de altura de incomparable belleza y rodeado de un paisaje que parece salido de un cuento; y el columpio del fin del mundo en la famosa Casa del Arbol, desde donde se puede observar al volcán Tungurahua o Puerto Mishaualli, una pequeña población a orillas del río Napo, un afluente del Amazonas.



Pailón del Diablo

Visitar el Amazonas era una de las ideas con las que salimos, y este poblado fue nuestra puerta de entrada a este inmenso pulmón verde. Cerca del mediodía, después de dejar a Mechi en un estacionamiento de la Prefectura, nos embarcamos con Raúl, un lugareño, en un lanchón para navegar por más de dos horas por el Río.

Raúl nos explicó acerca de la vida del lugar y sus comunidades, también nos enseñó la antigua técnica con la que extraían oro. Nadamos en las aguas bastante corrientosas, y al llegar la noche mientras encendimos una fogata a la orilla del río, Raúl y un amigo nos mostraron como pescar con una especie de atarraya, una red con piedras que arrojaban al agua y luego recogían.

No se veía nada... solo estrellas; así navegamos río arriba hasta el lugar donde pasamos la noche. Un palafito, la vivienda de una numerosa familia Quichua cuyo jefe era doña Carmela, fue nuestro hotel de lujo en medio de la selva; la cena, un plato típico: "maito de tilapia", que se caracteriza por la singular forma de cocinar este pescado envuelto en hoja de plátano y acompañado con arroz y yuca; y la cama, un par de mantas en el piso y un mosquitero para protegernos de los insectos ya que las ventanas eran huecos sin vidrios ni persianas.

El silencio del lugar solo era interrumpido por quién sabe que cantidad de diferentes sonidos provenientes de la selva, y así, sin temores ni preocupaciones, nos dormimos. No



Basílica del Voto Nacional



Frontera de La Balsa, con Wilson, Patricio y Segundo.

teníamos idea alguna de dónde nos encontrábamos, es cierto también que en ese momento no se nos ocurrió pensarlo. Hoy, a la distancia a veces nos preguntamos "¿qué hacíamos ahí?", los dos solos, con gente totalmente desconocida que entre ellos hablaban en su idioma, lejos de cualquier ciudad y sin forma de llegar a ellas que no fuera por el río.

Nos despertamos con el ruido que hacía al correr por el piso de madera una especie de chanchito que tenían de mascota; toda la familia ya estaba en movimiento, los hombres al trabajo, los niños a la escuela, en bote por supuesto, y las mujeres con los quehaceres domésticos.

Esa mañana paseamos por el bosque húmedo entre ceibos gigantes, orquídeas de varios tipos y mariposas de increíbles colores; y por la tardecita, de regreso al pueblo, nos divertimos con los monos capuchinos que correteaban por la plaza principal y sus alrededores.

Desde allí partimos hacia la capital. Quito, es un encanto compuesto por montañas y volcanes; y antiguas callejuelas decoradas por balcones floridos con aires bohemios. Recorrimos el paseo de las 7 iglesias que representan el recorrido que hizo Jesús hasta el calvario; la Basílica del Voto Nacional de estilo neogótico; y el Panecillo que ofrece una vista panorámica y es custodiado por la escultura de una virgen de aluminio, la más alta del planeta. También paseamos por la calle La Ronda, un sector privilegiado de la ciudad por ser declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad, y que es reconocida por cobrar vida durante la noche cuando se ilumina y se vive un aire de fiesta, pero a lo tradicional.

Irónicamente nos despedimos de Ecuador visitando el cementerio de Tulcán, donde hileras apretadas de tumbas se hallan rodeadas con una cerca de 300 árboles de ciprés que se han convertido en esculturas de estilos tan diversos como el griego, el egipcio, el incaico y el árabe; pero también en otras que evocan animales e ídolos de culturas indígenas.



Palafito, nuestro hotel en el Amazonas